

COMUNIÓN

Solidaridad

— www.solidaridad.net —

3 de Agosto de 2008

Evangelio según San Mateo:

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: "Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer." Jesús les replicó: "No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer." Ellos le replicaron: "Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces." Les dijo: "Traédmelos." Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.



— El Rebuzno —

"El sector más duro de la Iglesia quiere aplicar el nacionalcatolicismo"

Alvaro Cuesta

— Con Cabeza —

"La caridad cristiana mejor es aquella que se ocupa de la política, porque es la más útil a la realidad"

Santo Tomás Moro



AVISOS DE LA PARROQUIA

La familia es una profecía incómoda

Andrea Ricardo*

Vengo de Roma, y os traigo el cariño de la Comunidad de Sant'Egidio, que vive en España, en Europa, en diferentes países del mundo, entre ellos veinticinco africanos. Como amigos de los más pobres, nos damos cuenta de que hoy, los europeos, hijos de una sociedad rica, y los pobres del Sur tienen una pobreza más. Están solos. Si pueden, se lanzan a una vida globalizada donde todo es mercado. Valen por lo que compran o lo que producen. He visto en un aeropuerto americano una expresión significativa: *I am what I shop. Soy lo que compro*. De esta forma, con frecuencia no valgo nada. La pobreza se vuelve insoportable en la soledad. Y el bienestar se vuelve amargo en la soledad. Pero, ¿es este nuestro destino? ¿O más bien la humanidad está obedeciendo a una ideología dominante, sin rostro, que hace del hombre y de la mujer criaturas perdidas en el gran mercado de la vida, con la ilusión de escoger libremente la felicidad? Sin embargo, en algunos momentos de la vida, se ve con lucidez que ésta no es ni felicidad ni libertad.

El destino que llevamos dentro es bien distinto: *No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada* (Gn 2, 18) -dijo Dios- mirando al hombre que no encontraba compañía entre las cosas y los animales. Allí comenzó la aventura de la familia, compañera de toda la historia humana. En esta aventura humana se sitúa el Señor, Jesús de Nazaret, que nació en una familia galilea e hizo de la familia una célula vital del nuevo pueblo de Dios. El Eterno no prescinde de la pequeña familia. Para Jesús la familia ha sido la cuna -o mejor dicho, el pesebre- de la vida y del amor. Esta es la familia cristiana.

Pero, ¿es hoy una historia antigua, superada, mientras nos lanzamos a la aventura del mercado global y de un hombre dueño de sí sin límites?

Podría responder de muchas formas a esta pregunta que sobrevuela en nuestra cultura. Lo haré de la forma más simple. Respondo con el dolor de los niños africanos que viven por la calle, sin padre ni madre. Respondo con el dolor de los ancianos que, después de una vida laboriosa, son arrinconados mientras esperan la muerte en los asilos, porque no tienen familia. Y nuestra sociedad, que con el progreso les hace vivir más, les sugiere en voz baja que es hora de que se marchen porque su vida es un peso. Su dolor nos dice que la familia no está superada sino negada. Qué verdadera es la palabra de Dios: *No es bueno que el hombre esté solo*. Dios le ha dado una ayuda en la familia, en el matrimonio con la mujer. Ante gente exaltada por una soledad llamada libertad, pero también humillada en su mayor parte por esta misma soledad, fortalecidos por una experiencia milenaria de humanidad, nosotros decimos con convicción: ¡No es posible construir un mundo humano sin la familia! Para todos, llega un momento en la vida en que nos damos cuenta en nuestra propia piel de la inhumanidad de un mundo sin familia.

Sin la familia, la vida no tiene casa. Esto es verdad para los niños concebidos cuyas lágrimas que piden vivir ni siquiera escuchamos, es verdad para los discapacitados a los que se les niega el derecho a nacer, es verdad para todos los niños, para el hombre y para la mujer. Sin la familia, la vida no tiene casa.

En un mundo donde se tiene la ilusión de elegir, donde todo se compra y se vende, donde todo es precario y está sujeto a las leyes de la competencia, la familia es el espacio de la gratuidad: algo escandalosamente gratuito, pero no precario sino bien sólido porque está fundado sobre la fidelidad del amor. El mundo necesita más familia porque necesita gratuidad. La familia es una profecía incómoda de un mundo humano. El mundo -dice Benedicto XVI- debe acoger la idea de la familia en el léxico de la vida nacional e internacional, para descubrir una verdad decisiva: que la humanidad es una gran familia de pueblos. No estamos aquí para defendernos a nosotros mismos o un interés de la Iglesia, sino que estamos aquí por un bien de todos. Por estoy contento de estar en Madrid para decir que en España, en Europa y en el mundo, se necesita más familia porque se necesita más gratuidad, más vida y más amor. ❖